

## CAPITULO XI

Mane-Thecel-Phares.

**L**A herida del señor Vaillant du Four no era de gravedad. Les explicó que, habiendo oído ruido de un pico al otro lado de la valla, se levantó, y que un hombre que cavaba el suelo se abalanzó sobre él, dándole un puñetazo en la mandíbula.

Baltasar y Calabacita no dudaron un instante de que el agresor era Beaumesnil, y decidieron guardar secreto sobre la agresión. Transportaron al señor Vaillant du Four a su choza, la cual no estaba desprovista de comodidades ni de esmero en la limpieza, e instalándose Calabacita en un sillón, veló al herido. Hacia el mediodía vino una vecina a sustituirla, y entonces ella y Baltasar se dirigieron por el tranvía a Saint-Cloud, a la dirección dada por Beaumesnil al chófer.

—Mi plan es sencillo—dijo Baltasar, que tenía gran confianza en sus medios físicos desde su "crimen" de la víspera—. Le cojo por el cuello y le digo que el señor Vaillant du Four presentará una denuncia contra él, y que yo le acuso de robo y estafa. Y de seguro que devuelve el dinero.

Este espíritu agresivo se acrecentó cuando supieron que el poeta Beaumesnil poseía una villa en Saint-Cloud. La cosa sería rápida.

Para tomár fuerzas, Baltasar entró en el parque y almorzó con las provisiones que Calabacita extrajo de la cartera de cuero. Luego llenó su pipa y se permitió una hora de sueño. Calabacita le había colocado debajo de un árbol y la sorprendió al despertarse espantándole las moscas importunas.

—¡Qué buena eres para mí, mi pequeña Calabacita! ¿Quién te ha enseñado la bondad y la abnegación?

—Usted, señor Baltasar

—No—respondió éste—; yo más bien he predicado ante fi el egoísmo.

—De todas formas, señor Baltasar. ¡Ha sido usted!

—¡Ah!—exclamó él, mientras pensaba ya en otra cosa.

Durante dos horas no volvieron a cambiar

palabra. Sobre su cabeza murmuraban las hojas y los pájaros. En algunos momentos, cuando la calma de la sombra, la alegría del sol o el encanto de la soledad les producía esas fuertes sensaciones que pugnan por exteriorizarse, se miraban y sonreían en silencio. La felicidad casi siempre se manifiesta por un bienestar físico.

Anduvieron vagando por el parque mientras descendían hacia el Sena.

—Nuestras tribulaciones han terminado, Calabacita—afirmó Baltasar—; antes de fijarse, nuestro destino ha sufrido algunas sacudidas, como una tierra que tiembla antes de llegar al reposo definitivo. No hablemos más de ello, y dejemos al poeta Beaumesnil con sus maquinaciones. A nosotros sólo nos resta plantar nuestra tienda.

—¿Y la cartera con el dinero?—preguntó la joven.

Baltasar no respondió; ya no le interesaba ese asunto.

Un bello césped se extendía ante ellos, como un tapiz de terciopelo verde, donde el sol hacía crujir las hojas marchitas; llegaron a la orilla del río y esperaron en un embarcadero la llegada del vaporcito que había de conducirles de nuevo a París.

—No nos queda más que plantar nuestra tienda—repitió Baltasar—. Si existen gentes malas, también hay excelentes personas. ¡Qué alegría ir el domingo a ver a nuestros buenos amigos Fridolin y la señorita Ernestina!

—¿Y la señorita Violante?—dijo Calabacita.

—No olvido que es mi prometida. Iré a visitarla, así como al señor Rondot, puesto que tengo un compromiso a fecha fija, y les expondré que, si yo no poseo la fortuna reclamada, en cambio no me veo apurado para elegir un padre. Coucy-Vendôme o Príncipe Revad: creo que cualquiera de ellos puede satisfacer a la familia más exigente.

Jamás acontecimiento alguno debía enseñar mejor a Baltasar el sentido de lo cómico y la ironía. Pronunció estas palabras con orgullo; se volvió para ver el efecto que producían en Calabacita, y quedó asombrado al ver sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué tienes?—preguntó—. ¡Lloras como si fueras desgraciada, Calabacita!

—Y, sin embargo, me siento muy feliz—dijo la joven, esforzándose por reír.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—¡Yo qué sé! ¡Las lágrimas son una cosa que brotan solas!

—Tienes razón—dijo Baltasar al cabo de un

momento—. Yo también tengo ganas de llorar, y me vería apurado para decir el motivo, pues jamás me he sentido tan feliz.

\*\*\*

En el puente del vapor se cogieron de la mano. Los pasajeros miraban mucho a Calabacita, y Baltasar, oyendo que uno de ellos ponderaba la gracia de la joven y el dulce encanto de su rostro, agradeció con una inclinación de cabeza el cumplimiento a aquel pasajero, como si hubiera sido dirigido a él personalmente, y pensó que, ciertamente, Calabacita haría muy buen papel junto a la magnífica Violante.

El metro les condujo hasta la ciudad de las Barracas. Apenas llegaron a "Las Danaides", cuando la vecina que cuidaba al señor Vaillant du Four vino a buscarles a toda prisa. El enfermo empeoraba.

Calabacita corrió en busca de un médico. El diagnóstico fué excelente: el doctor habló de traumatismo y de alteraciones cardíacas sin importancia; todo se arreglaría.

Pero al llegar la noche, el señor Vaillant du Four volvió a llamar a Baltasar y Calabacita. Aquello iba peor; el enfermo se ahogaba.

Rogó a Calabacita que le diera un frasco que se hallaba entre los medicamentos traídos de la farmacia, y vació de un trago cerca de la mitad del contenido. Baltasar tomó el frasco y se indignó: era ron.

—Yo sé lo que me hago—dijo el señor Vaillant du Four—. Ese médico es un asno; además del golpe de la mandíbula, recibí otro en el pecho que me deshizo. Estoy convencido; todo lo más que me queda es un día de vida. Por lo tanto, es necesario que te hable seriamente, hijo mío, y siento que mi cabeza está muy vacía para recoger todas mis ideas, y que no podré hacerlo si no echo una buena cantidad de alcohol.

—¡Pero es una locura!

—No; es la prudencia misma. Ahora veo claro y pienso claro también. Escúchame, hijo mío.

Se expresaba con la premura del beodo que se ase fuertemente a sus ideas y que al menor choque pierde el hilo de su pensamiento. Lanzó una mirada alrededor y dijo:

—¿Estamos solos?

—Sí; con Calabacita.

—¿No hay nadie en la puerta?

—Nadie.

—Acércate... más cerca...

—Señor Vaillant du Four, debía usted descansar.

—Déjame en paz, muchacho. Tengo un secreto que pesa sobre mi conciencia, y antes de morir...

—Pero si no se trata de morirse...

—Sí; escúchame. ¿Me oyes bien?

—Sí.

—¿Tú también, Calabacita?

—Sí, señor Vaillant du Four.

—Entonces... Baltasar, todo se reduce a cuatro palabras... ¿me oyes?

—Muy bien.

—Yo soy tu padre, Baltasar.

Baltasar se levantó de un salto. Una oleada de sangre empurpuró su pálido rostro y su ancha frente.

—Abre el cajón de esa mesa—ordenó el señor Vaillant du Four.

—¿Para qué?—dijo exasperado.

—Encontrarás la fotografía de tu madre.

Baltasar de un puntapié tiró la mesa al suelo.

—¿La fotografía?... ¡Pero si tengo los bolsillos llenos de fotografías! Mire, una, otra, y la de la Catarina, que fué ahorcada, y la de la reina que está loca! ¿Cómo quiere usted que haga caso ya de sus necedades?

—Tu madre se llamaba Gertrudis Dufour— declaró el enfermo, que continuaba su monólogo—, y yo, tu padre, mi verdadero nombre es Vaillant...

Baltasar se contuvo. Volvió al lado del lecho y articuló claramente para que el moribundo entendiese bien:

—Es usted la quinta persona de quien seré hijo. Antes que usted ha habido...

—Gourneuve, el asesino, y luego el conde de Coucy... sí, los conozco a todos—dijo el señor Vaillant du Four—, pero ha sido por mí por quien te han encontrado... Soy yo quien les ha prevenido que llevabas en tu pecho la marca de las tres...

No terminó la frase: Baltasar le había tapado la boca con las manos; la idea de que las tres letras misteriosas iban a ser pronunciadas una vez más le ponía fuera de sí y fué necesario que Calabacita le tranquilizase suplicándole guardase silencio. Por fin volvió a sentarse.

El señor Vaillant du Four aprovechó la ocasión para tomarse otra buena dosis de ron, e inmediatamente reanimado, explicó mientras Baltasar cerraba los puños:

—Un año después de tu nacimiento, habíamos tu madre y yo una posada aislada

en las orillas del Saone, en el lugar llamado el Valle Rojo. Nuestros asuntos no iban muy bien, y Gertrudis, que era un alma de Dios, audaz, infatigable y no corta en ideas ingeniosas, hizo publicar un anuncio en los periódicos de París, diciendo que la Casa-cuna del Valle Rojo recibía niños de diez a quince meses, que serían criados en perfectas condiciones de higiene y aire libre. El anuncio tuvo éxito. En algunas semanas nos fueron llevados cuatro niños por padres o intermediarios que evidentemente trataban de deshacerse de ellos.

Aprovechándome de la situación fuí intransigente. Aceptaba a las criaturas y promecía la discreción, pero a condición de que me fueran revelados los nombres de los padres y el nombre de pila de los pequeños, a más de comprometerse por escrito a entregarme una suma anual que variaba según los casos. Si la renta cesara el Valle Rojo declinaba toda responsabilidad.

De este modo el tal Gourneuve me dejó a Gustavo; la familia de Coucy-Vendôme, al pequeño Godofredo. Mustaphá me fué entregado por un Pachá, y Rodolfo por un príncipe alemán.

Desde entonces todo fué abundancia. Los

cuatro chicanos, que eran poco más o menos de tu edad, crecían y jugaban contigo; Gertrudis, tu madre, era feliz. Pronto tuve dinero abundante para recorrer los departamentos vecinos y colocar algunas partidas de vino de Borgoña.

De un solo zarpazo todo quedó aniquilado. Hubo inundaciones, y un día que regresaba de viaje supe que en una crecida del Saone había sido inundada la casa y arrastrada tu madre y tus cuatro compañeros. Aquello era la desesperación y la ruina. A la larga soporté mi desesperación, pero no me resigné a la ruina.

Baltasar, aquí entré por el mal camino donde he perseverado después. No advertí la desgracia a ninguna de las cuatro personas que me habían confiado los niños. Abandoné la región y fui a establecerme contigo al otro extremo de Francia, al país vasco. Desde este sitio, seis meses más tarde, yo escribía a Gourneuve que, para despistar toda averiguación, creía deber designar a su Gustavo con el nombre de Baltasar y que este niño llevaría como señal de identidad las tres letras M. T. P. (que son tres letras con que te había marcado en el pecho, durante mi ausencia, un marinero vasco que estaba medio bo-

rracho). Envié la misma misiva a mis otros tres clientes, y de este modo seguí recibiendo, a nombre de un único Baltasar, las cuatro pensiones que me eran entregadas por los cuatro difuntos pequeñuelos.

Reconozco que era un robo, pero ¿quieres? Había que vivir, y vivía muy cómodamente, y todo iba a maravilla, cuando dos años más tarde, habiéndote llevado conmigo en un viaje de negocios, te perdiste entre la gente un día de feria. Me puse en tu busca y supe que te habías ido detrás de un leñador y afilador. Le habías seguido porque eras un chico de mucho corazón y tomabas cariño al primer tipo que veías. Luego, al cabo de una hora, cansado, te habías dormido al borde del camino. ¿Qué había sido de ti después que te despertaste? ¿Qué serie de circunstancias te habían llevado más lejos? Imposible saberlo e imposible encontrarte...

La voz del señor Vaillant du Four se debilitaba y las palabras se hacían cada vez más vacilantes. Consiguió con esfuerzo alcanzar el frasco de ron y lo llevó hasta su boca.

Baltasar le contemplaba con angustia. Por primera vez veía realmente aquel rostro enflaquecido, de barba venerable, y aquellos ojos que se inflamaban por momentos bajo la

llama del alcohol. Su impresión vil y bestial era la del borracho satisfecho; Baltasar recordó las palabras obsesionantes que siempre repetía aquel anciano: "No soy más que un canalla, un viejo canalla..." Y pensaba que no había duda de que este viejo canalla era su padre.

—Termine—le dijo con ternura.

El señor Vaillant du Four obedeció, y con creciente dificultad, a pesar de la nueva dosis de ron, continuó:

—Transcurrieron más de veinte años. Yo no sé cómo vivía aquí. Es cómodo este sitio para quien no tiene ocupación. Había abandonado la representación del vino de Borgoña, del que bebía más que vendía; todo el dinero lo gastaba en la taberna. Un día, en la calle, oí pronunciar tu nombre... alguien te llamaba... Baltasar no es un nombre corriente. Te seguí, vigilé, hice amistad contigo; me arreglé de modo para ver las tres letras; eras tú, efectivamente, el hijo de Gertrudis, mi pobre difunta.

Después... ya lo sabes... te procuré las Danaides y de este modo hemos vivido uno al lado del otro. Esperé al principio que podría corregirme y decirte toda la verdad... Demasiado tarde... El vicio domina al hombre...

Además, tú me intimidabas. Tú eres un muchacho honrado y jamás me hubieras permitido que cobrara las pensiones. Por eso he callado... y he ido descendiendo más aún... hasta llegar a ser este viejo canalla de Vaillant du Four.

Quiso coger de nuevo el frasco del ron, pero ya no tuvo fuerzas: su mano temblaba. Ansioso de terminar su confesión, continuó con voz cada vez más entrecortada:

—Cuando podía reflexionar, que era entre dos vinos, es decir, ni sereno ni borracho, sentía el temor de morirme sin haberte servido de algo... sin hacerte aprovechar la situación... Si yo había sido un canalla, que al menos te sirviera de algo... y puesto que no podía decirte que yo era tu padre, quería proporcionarte un padre... ¿Para qué?... Las razones se embrollaban en mi cabeza. Por fin escribí a las cuatro personas cuatro cartas para después de mi muerte, reemplazando al príncipe alemán por Beaumesnil. Les decía dónde estabas y lo que hacías.

Y un día, sin que tú lo supieras, saqué la huella de tu dedo pulgar... y en cada sobre envié un dibujo... de forma que... ¿me comprendes?... no había error posible... Uno de los cuatro te tomaría por hijo... te reconocería...

Luego, no sé lo que pasó... las cartas desaparecieron... Tal vez yo las eché al correo... no sé... no sé nada... En todo caso las cuatro personas fueron advertidas que tenían un hijo, el mismo... Era Baltasar, pero era también Godofredo... o Rodolfo... Gourneuve vino... los otros también, creo... enviados del pachá... La Agencia X... Beaumesnil... todo se mezclaba... se bafía... Era un lío reconocerse ya... todo negro... negro...

El señor Vaillant du Four tuvo una risita irónica. Sin duda alguna, en los últimos meses, el viejo borracho debió divertirse con un estado de cosas del que obscuramente sentía la parte grotesca. Estos cuatro padres, lanzados a la vez sobre un mismo hijo, no dejaba de ser divertido, sobre todo para el quinto padre, el padre verdadero, que asistía a la inenarrable batalla.

Una nueva dosis de ron que consiguió tragar redobló el buen humor pasajero del moribundo. Entre una horrible risa, balbuceó:

—¿La huella?... Está bien eso de la huella y las tres letras... ¡Ah, las tres letras que aquel borracho te marcó por divertirse... te acuerdas de lo que te he dicho?... ¡Un marinero vasco!... un bromista de primera... un verdadero granuja... Como me enfadé cuando vine,

al verte entre convulsiones, él se reforcia de risa y me dijo: "Vamos, amigo; ¿no se llama Baltasar tu chico, como aquel tío que daba festines? Entonces, ¿cómo iba a ponerle entero el *Mane Thecel Phares* al pobrecillo? Por eso no le he puesto más que las tres primeras letras... M. T. P. Así tendrá su marca de fábrica... ¿No tengo razón?... ¡Vaya si tenía razón aquel bromista! M. T. P. era la marca de fábrica de Baltasar... Gourneuve formó con ellas el nombre de su banda, Mas-Tro-Pies, y el pachá como contraseña de Mus-Ta-Pha... M. T. P... ¡Siempre M. T. P.!

Farfullaba las palabras de una manera apenas inteligible. Nada más horrible que la alianza de la risa con la muerte. La risa del viejo borracho iba acompañada de un horrendo castañeteo de los dientes. Baltasar y Calabacita escuchaban con espanto.

Hacia media noche el señor Vaillant du Four se calló. La agonía comenzaba silenciosa.

Baltasar se quedó dormido, sacudido por horribles pesadillas. Despertado por Calabacita al amanecer, vió al moribundo a medias incorporado en su lecho y que le miraba con ojos de horror. Se aproximó, y el señor Vaillant du Four, en un último esfuerzo, murmu-



ró con voz que ya no parecía de este mundo:

—Adiós, adiós... Todo ha terminado... Sin embargo, es preciso que sepas aún... que hay veces en que dudo, no estoy completamente seguro de que tú seas realmente Baltasar... Yo bebía ya en aquella época... Yo no te reconocía entre los otros pequeños... Así que puede que seas Baltasar, pero quizá también seas Rodolfo... o Godofredo... No sé... ya no sé nada.

Media hora después el señor Vaillant du Four volvió a recobrar la palabra para decir:

—Bajo mi almohada hay cuatro paquetes de cartas... la correspondencia cruzada con las cuatro personas... Hay también billetes de banco... para ti... para ti... Te pertenecen.

Y no volvió a hablar.

A las nueve, la vecina volvió a quedarse. Baltasar entró en "Las Danaides" y Calabacita le llevó el desayuno y agua caliente para que se lavase.

Limpio y reconfortado, se expresó en estos términos:

—¿Qué te había dicho yo, Calabacita? Todo se explicaría del modo más natural; un pequeño torbellino de peripecias incoherentes, y nada más. Uno se cree elegido por el destino para ser el héroe de extraordinarias aven-

turas, ¿y qué sucede? Pues que sólo es el fantoche lamentable de una novela policíaca, construida con los trucos más usados por un aficionado a los folletines.

Reflexionó un poco y repitió con voz más melancólica:

—¿Ves? como te lo había dicho. Sólo que en lugar de un escritor de folletines, era un viejo borracho el que firaba de los hilos, haciéndoles moverse y enredarse al azar de sus borracheras. Mientras yo ofrecía mi corazón a todos, me encariñaba con media docena de padres y de madres, me dejaba torturar y fusilar, el borracho, entre bastidores, se divertía. Todo esto es bien triste, mi pobre Calabacita. La muerte del señor Vaillant du Four, el robo de Beaumesnil, la Catarina, el pachá, Gourneuve, ¡cuántos recuerdos!

Abarcaba de una mirada lo que él llamaba torbellino de peripecias incoherentes, y el espectáculo le impresionaba.

—La sonámbula tenía razón, Calabacita —decía el joven bromeando—. Me anunciaba un padre sin cabeza, y la serie de fantoches ha pasado entera. Puedo elegir entre todos, porque, en fin, Calabacita, ¿tú crees que Beaumesnil el loco, Beaumesnil el poeta ladrón, crees, repito, que tiene su cabeza consi-

go? Y este borracho de Vaillant du Four, ¿no había perdido también la cabeza?

Calabacita estaba desesperada de verle asaltado por tan fúnebres visiones. No sabiendo qué hacer para disiparlas, pensó que tal vez una caricia no le sería desagradable. Le envolvió con sus brazos y le besó largamente en la boca.

## CAPITULO XII

«Mira primero cerca de ti.»

**B**ALTASAR se sintió sumamente conmovido por el proceder de Calabacita. Aun cuando pensó mucho en ello en los días siguientes, no acertaba a comprender de dónde le venía, en medio de tan penosas circunstancias, tanta profunda satisfacción y tanta alegría súbita.

Acompañó al señor Vaillant du Four a su última morada sin mucho más sentimiento que si el difunto no hubiera sido uno de los que se disputaban su corazón. Con la cabeza descubierta, admiraba la forma de las nubes o los balcones floridos de capuchinas, dejando a Fridolin, que marchaba a su lado, el trabajo de derramar lágrimas por el muerto.

Trancurrió una semana deliciosa. Calabacita no iba a limpiar y arreglar "Las Danai-